

adiós para siempre á un compañero de viaje con el cual habéis pasado agradablemente veinticuatro horas; no es un amigo y con todo, creéis amarle como á tal, y le recordaréis seguramente toda la vida, con más viveza que á muchos de aquellos á quienes dais el nombre de amigos.

Volviéndome á mirarla una vez más por las ventanillas del tren, viniéronme á los labios las palabras de don Alvaro Tarfe en el «Don Quijote»: —«¡Adiós, Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, patria de los valientes, adiós!»—Y añadí con amargura: ¡He aquí desgarrada la primera página del libro de color de rosa de mi viaje! Todo pasa en el mundo... Ahora una ciudad nueva, después otra, y otra después... y más tarde el regreso, y el viaje habrá pasado como un sueño, y me parecerá que ni siquiera me he movido de casa... ¿y después?... otro viaje... y nuevas ciudades y tristes despedidas, y luego un recuerdo vago como un sueño... ¿y después? ¡Pobres de vosotros si en un viaje no abandonáis semejantes pensamientos! Contemplad el cielo y la campiña, recitad versos y fumad.

«Adiós, Barcelona, archivo de la cortesía».

II

ZARAGOZA

A pocas millas de Barcelona se empiezan á ver las dentelladas rocas del famoso Montserrat, extraño monte, á cuya vista infunde la sospecha de que uno se encuentra bajo el influjo de alguna ilusión óptica, pues parece mentira que la naturaleza haya tenido tan extravagante capricho.

Imaginaos una serie de pequeños triángulos que se tocan por la base, como los que dibujan los niños para representar una cordillera de montañas, ó bien una corona dentellada como la hoja de una sierra, ó varios pilones de azúcar puestos en fila, y tendréis una idea de la forma que ofrece Montserrat, visto de lejos. Es un conjunto de conos inmensos que se levantan uno al lado de otro, y éste sobre aquél, ó mejor dicho, una grandiosa montaña, formada por otras cien más pequeñas, cortada en dos de arriba abajo hasta el tercio de su altura, de modo que presenta dos grandes puntas, en torno de las cuales se agrupan otras más pequeñas. En las partes altas es árido ó inaccesible; en las bajas se halla cubierto de pinos, encinas, madroñeras y enebros. Hállase cruzado por todas partes de profundas gargantas y precipicios espantosos, y salpicado de blancas ermitas que brillan en las escarpadas pendientes. En la escotadura del monte, entre las dos cimas principales, se levanta el antiguo monasterio de Benedictinos,

CAPITULO ALFONSO

donde Ignacio de Loyola meditó durante su juventud. Todos los años suben á Montserrat más de cincuenta mil peregrinos ó curiosos que van á visitar el convento y las grutas, y el día 8 de Septiembre se celebra allí una fiesta, á la cual asiste inmensa multitud venida de todos los puntos de Cataluña.

Poco antes de llegar á la estación donde se baja del tren para subir á la montaña, invadió mi coche un grupo de chiquillos, acompañados de un cura, alumnos de un colegio de no sé qué pueblo, que iban á pasar unos días de asueto en el convento de Montserrat. Eran todos catalanes, de caras blancas y sonrosadas, y grandes ojos. Llevaba cada uno una pequeña cesta con pan y frutas; no faltando tampoco quien se permitiera el lujo de un álbum ó de un antejo. Por más que estuve atento y devanándome los sesos, no pude comprender una palabra del maldito lenguaje que charlaban.

Entablé conversación con el cura.

«—Mire usted—me dijo en seguida, señalando á uno de los muchachos;—aquel niño sabe de memoria toda la Poética de Horacio; el otro de más allá resuelve con pasmosa facilidad los más difíciles problemas aritméticos; ese de aquí ha nacido para filósofo».

Y fuéme de este modo explicando las dotes que adornaban á cada uno.

De pronto se interrumpe, y exclama:—«¡Barretina!»—A su voz, todos los muchachos, con transportes de alegría, sacaron de los respectivos bolsillos la roja barretina catalana, y hubo quien, al colocársela, se la echó hacia atrás, cayéndole sobre la nuca, y quien hacia los ojos, tapándole la punta de la nariz. Ello fué que el cura desaprobó tales excesos, dando lugar con sus palabras á un juego infantil y divertido, acompañado de risas, exclamaciones y palmadas; pues mientras los que se habían colocado el gorro catalán hacia adelante, se lo echaron hacia atrás, los que lo llevaron de este último modo, se lo echaron á la cara.

Acerquéme á uno de los más revoltosos, y por

bromear con él, seguro de hallar la callada por respuesta, preguntéle en italiano:

—¿Es la primera vez que vas á dar un paseo por el Montserrat?

El muchacho quedóse un rato pensativo, contestándome después sílaba por sílaba en italiano:

—Estuve ya otra vez.

—¡Ah! ¡querido niño!—le dije con una alegría difícil de comprender;—¿dónde has aprendido italiano?

El cura tomó entonces la palabra para decirme que el padre del muchacho había vivido en Nápoles algunos años.

Al volverme hacia mi pequeño catalán para reanudar la conversación, un horrible silbido, seguido de un maldito grito de «Olesa», que es el pueblo por el cual se va á la montaña, dejáronme con la palabra en la boca.

El cura me saludó, los muchachos salieron en tropel del coche, y partió el tren. Asomé la cabeza por la ventanilla para saludar á mi pequeño amigo.

—¡Que te diviertas!—le grité.

Y el niño, acentuando las sílabas, me contestó:

—¡A-dí-o.

No faltará quien se ría al oír contar semejantes tonterías. Y no obstante, constituyen, sin duda, las más vivas emociones que se experimentan viajando.

Las ciudades y las villas que se ven al atravesar Cataluña, camino de Aragón, son casi todas populosas y florecientes, rodeadas de fábricas, hornos y edificios en construcción. Por todas partes vese surgir por entre los árboles, densas columnas de humo, y en todas las estaciones se nota un continuo vaivén de labradores y negociantes. La campiña es una sucesión variada de cultivadas llanuras y de valles pitorescos, cubiertos de bosques, y dominados por viejos castillos hasta llegar á la ciudad de Cervera. Allí empiezan á verse grandes extensiones de terreno inculto y árido,

España-3

con escasos y diseminados edificios, que anuncian la proximidad de Aragón. Mas de pronto, y como de improviso, se entra en un espléndido valle, cubierto de olivares, de viñedos, de moreras y de árboles frutales, y adornado de villas y pueblos. Vese por un lado las altas cimas de los Pirineos; por otro, las montañas aragonesas; Lérida, la gloriosa ciudad de los diez sitios, situada á orillas del Segre, sobre la pendiente de una hermosa colina, y todo esto, rodeado de una vegetación espléndida y una variada perspectiva, que ofrece magníficos é incomparables panoramas. Son los últimos paisajes de Cataluña; poco después se entra en Aragón.

*

¡Aragón! ¡Cuántas vagas historias de guerras, de reinas, de poetas, de héroes y de amores famosos despierta en la memoria este nombre famoso! ¡Y qué profundo sentimiento de simpatía y respeto! ¡El viejo, noble y altivo Aragón, sobre cuya frente brilla el más espléndido destello de la gloria de España!

Sobre su escudo secular, se leen, escritas con caracteres de sangre, estas dos palabras: «Libertad y valor». Cuando el mundo se doblegaba bajo el yugo de la tiranía, el pueblo aragonés decía á su rey, por boca del Gran Justicia:

«Nosotros, que valemos tanto como vos, y todos juntos más que vos, os hemos elegido nuestro rey, á condición de que respetéis nuestros derechos y nuestra libertad: *é si non, non*».

Y sus reyes se arrodillaban ante la majestad del Magistrado del pueblo, prestando el juramento conforme á la sagrada fórmula. Entre la barbarie de la Edad Media, la altiva gente aragonesa no conocía el tormento, el juicio secreto no figuraba en sus códigos, todas sus instituciones protegían la libertad del ciudadano, y el imperio de la ley, era absoluto. Hallando estrechos los límites de la patria, descendieron de Sobrarbe á Huesca, de Hues

ca á Zaragoza, y entraron victoriosos en el Mediterráneo. Unidos á la fuerte Cataluña, libraron del dominio árabe á Valencia y las Baleares; lucharon en Muret por el derecho ultrajado y la conciencia violada; vencieron á los aventureros de la casa de Anjou, arrojándoles de la tierra italiana; rompieron las cadenas del puerto de Marsella, que penden todavía de las paredes de sus templos; se enseñorearon de los mares, desde el estrecho de Messina hasta la embocadura del Guadalquivir con las naves de Roger de Lauria y subyugaron el Bósforo con las de Roger de Flor; de Rosas á Catania, cruzaban el Mediterráneo en alas de la victoria; y como si á su grandeza fuera estrecho el Occidente, quisieron grabar en la cima del Olimpo, sobre las piedras del Pireo, sobre los montes soberbios que son casi las puertas del Asia, el nombre inmortal de su patria.

*

Tales pensamientos, si no con las mismas palabras (pues no tenía á la vista cierto libro de Emilio Castelar), cruzaron por mi mente al entrar en Aragón. Y lo primero que vi á orillas del Cinca, fué la pequeña villa de Monzón, notable por sus famosas Cortes, y por alternativos ataques y defensas de españoles y franceses, suerte que fué común, durante la guerra de la Independencia, á casi todas las villas de aquella provincia. Monzón se aduerme al pie de un inmenso monte, en cuya cima se levanta un castillo negro, siniestro, enorme, cual lo hubiera podido imaginar el más tétrico de los señores feudales, para condenar á una vida de horrores al más odiado de sus vasallos. La misma «Guía» se detiene ante ese edificio monstruoso, y prorrumpa en tímidas exclamaciones de admiración. Creo que no existen en toda España otra villa, otro monte y otro castillo, que representen mejor la cobarde sumisión de un pueblo oprimido, ante la perpetua amenaza de un señor despótico y cruel. Un gigante oprimiendo

CAPITULO ALEGORIA

con la rodilla el pecho de un niño tendido en el suelo, no alcanzaría á darnos aproximada idea de la cosa. Fué tal la impresión que me produjo, que sin saber apenas coger el lápiz, procuré abo- cetar el paisaje que se ofrecía á mi vista, de la mejor manera posible, para no olvidarlo nunca; y mientras dibujaba compuse el primer verso de una balada lúgubre.

Después de Monzón, la campiña aragonesa no es más que una extensa llanura, limitada en lontananza por una larga cadena de colinas rojizas, con pocos y miserables pueblos, y algún collado solitario que ostenta las ruinas de un antiguo casti- llo. Aragón, floreciente en la época de sus reyes, es en la actualidad una de las provincias más pobres de España. El comercio sólo tiene vida, aunque escasa, en las orillas del Ebro, y á lo largo del famoso canal que se extiende unas dieciocho le- guas desde Tudela hasta junto á Zaragoza, sir- viendo para el riego y como medio de transporte; en los demás puntos puede muy bien decirse que el comercio no existe.

Las estaciones del ferrocarril se ven siempre so- litarias; cuando para el tren, sólo se oye la voz de algún viajero «trovador», que puntea la guitarra, cantando una tonadilla monótona, que se escu- cha luego en los demás puntos de parada, y des- pués en las ciudades aragonesas, siendo el motivo siempre igual, variando tan sólo las palabras. Com- prendiendo que fuera del vagón nada despertaría mi curiosidad, me acordé de mis compañeros de viaje.

El vagón estaba lleno de gente, y como los de segunda clase en España no tienen divisiones, po- díamos vernos unos á otros los cuarenta viajeros y viajeras que íbamos en el mismo coche: curas, monjas, muchachos, criados y otras personas que podían ser empleados, negociantes ó agentes secre- tos de don Carlos. Los curas fumaban su «cigarri- to», como es uso y costumbre en España, ofre- ciendo con amabilidad á los vecinos la petaca; otros viajeros comían á dos carrillos, haciendo

pasar de mano en mano una especie de vejiga, de la cual manaba un hilo de vino al oprimirla con ambas manos; y otros, en fin, leían el diario, frunciendo de vez en cuando el entrecejo en ade- mán pensativo. Un español, cuando se halla acom- pañado, no se lleva á la boca un gajo de naranja, un pedazo de queso ó un bocado de pan, sin rogar antes á los demás que coman con él. No es de extrañar, por lo tanto, que viera pasar ante mis ojos, frutas, pan, sardinas y vasos de vino, y qué sé yo cuántas cosas más, acompañado todo del gentil:—«¿Usted gusta?»—viéndome obligado á contestar:—«Gracias»—bien á pesar mío, por cier- to, pues tenía más hambre que el conde Ugolin- o. Frente á mí, se hallaba una monja, joven á juzgar por la barba, que era cuando dejaba su velo al descubierto, y por una mano como aban- donada sobre la rodilla. La estuve mirando con insistencia por espacio de una hora, esperando que levantara el manto; pero permaneció inmó- vil como una estatua. De su mismo quietismo era fácil colegir que hacía un esfuerzo para vencer la natural curiosidad de mirar alrededor, lo que me causó un sentimiento de admiración.—¡Cuánta constancia!—pensaba,—¡qué fuerza de voluntad la suya, y cuánto sacrificio en las cosas más insigni- ficantes! ¡Qué noble desprecio de la vanidad humana!—Dominado por estos pensamientos, fijé los ojos en su blanca y pequeña mano, y me pareció que se movía; la miré con más atención, y noté que poco á poco, y con muchísimo cuidado, aquella mano iba saliendo de la manga, que sus dedos se estiraban, avanzando en la rodilla con gracia y coquetería, que se ladeaba un poco, se quedaba quieta, se abría... ¡Dios del cielo! ¡No era aquello desprecio de la vanidad humana! Era im- posible engañarse: todo aquel trabajo se hacía para mostrar la manecita. ¡Y no levantó una sola vez la cabeza para enseñar la cara, ni aun al bajar del coche! ¡Oh profundos misterios del alma feme- nina!

Estaba eserito que en aquel viaje los curas ha-

bían de ser mis amigos. Un viejo sacerdote, de bondadoso aspecto, me dirigió la palabra, entablado una conversación que casi duró hasta nuestra llegada á Zaragoza. Al primer momento, cuando le dije que era italiano, mostróse algo reservado, temiendo, sin duda, que no fuese yo uno de los que forzaron las cerraduras del Quirinal; pero al asegurarle que no me ocupaba de política, se dispó su desconfianza, hablándome con toda franqueza. La literatura fué nuestro caballo de batalla; le recité toda la «Pentecoste» de Manzoni, que lo dejó extasiado; pagóme con una poesía del célebre Fray Luis de León, poeta sagrado del siglo xvi, y quedamos amigos.

Cuando llegamos á Zuera, antepenúltima estación del camino de Zaragoza, se levantó, saludóme, y puesto el pie en el estribo, volvióse súbitamente, diciéndome al oído: «Cuidado con las mujeres, que traen en España muy malas consecuencias». Bajó después, y permaneció en la estación hasta que el tren se puso en marcha; y por fin, levantando la mano en actitud paternal, repitió: «¡Cuidado!»

Llegué á Zaragoza algo avanzada la noche, y al bajar del vagón, hirió en seguida mi oído el tonillo especial con que hablaban los cocheros, faquines y muchachos que se disputaban mi equipaje. Puede decirse que en Aragón habla el castellano hasta la gente de clase inferior, si bien con faltas y barbarismos. Pero á un español de Castilla le basta media palabra para reconocer al aragonés, y no hay castellano que no sepa imitar su acento, y no lo ridiculice por pesado y monótono, como sucede en Toscana con el habla especial que caracteriza á la gente de Lucca.

Entré en la ciudad dominado por un sentimiento de tímido respeto. La fama terrible de Zaragoza me imponía, y casi me remordía la conciencia de haber profanado su nombre tantas veces en la clase de Retórica, arrojándolo al rostro de los tiranos como un guante de desafío.

Las calles estaban desiertas: sólo se distinguía

la negra silueta de los tejados y campanarios, destacándose sobre un cielo estrellado; no se oía más ruido que el de los coches de las fondas que se alejaban.

Al doblar una esquina, me pareció ver lucir en las ventanas, fusiles y puñales, y como si oyera lejanos gritos de heridos. En aquel momento, no sé lo que hubiera dado por ver salir el sol, tal era el ansia que me devoraba de visitar una á una aquellas calles, aquellas plazas, aquellas casas que hicieron célebres las luchas desesperadas, y horribles matanzas, que inspiraron á tantos pintores, que han sido cantadas por tantos poetas y que tantas veces soñé en Italia, diciéndome con alegría: «¡Las verás!»

Llegué por fin á la fonda; miré fijamente al camarero que me conducía á mi cuarto, sonriéndole amistosamente, como diciendo:—«No hay cuidado, no soy un invasor»—y mirando al paso un retrato de don Amadeo, colgado en un ángulo del corredor para satisfacción de los viajeros italianos, acostéme muerto de sueño como cualquiera de mis lectores.

*

Al apuntar el día, salí presuroso de la fonda. Ni una tienda, ni una puerta, ni una ventana abierta; apenas puse los pies en la calle, lancé un grito de admiración. Pasaba una brigada de hombres vestidos de tan extraño modo, que á primera vista parecían disfrazados. Pero pensé luego: «no, son comparsas de teatro», retirándome en seguida, seguro de que eran locos. Figuros: llevaban á guisa de sombrero, un pañuelo de color, atado alrededor de la cabeza, como un turbante, y del cual salían por arriba y por abajo los despeinados cabellos; una manta de lana, á listas blancas y azules, echada sobre los hombros, ancha y flotante, arrastrando casi, como una toga romana; una larga faja, azul también, que les rodeaba la cintura; unos pantalones cortos, de terciopelo negro, ajus-

tados en las rodillas; medias blancas, y una especie de sandalias sujetas con cintas negras.

Uníase á esta artística variedad de prendas, el evidente aspecto de la miseria: y á pesar de ello, un no sé qué teatral, de altivez, de majestad en la apostura y en el gesto; un aire de Grandes de España arruinados, que hace, que al mirarles se quede el ánimo suspenso, no sabiendo si reír ó compadecerles, si meter la mano en el bolsillo para hacer una limosna, ó quitarse el sombrero en señal de reverencia. Y no son más que campesinos de los alrededores de Zaragoza. Pero el que acabo de describir, no es más que uno de los mil modos de vestir de aquella gente. A cada paso encontraréis un traje distinto; hay quien viste á la antigua, quien á la moderna, elegante éste, aquél festivo, sencillo el de más allá, con severidad el otro; pero todos con pantalones, pañuelos, zapatos, corbatas y chalecos de color distinto. Las mujeres con la falda corta, enseñando un poco la pierna, y las caderas levantadas expresamente; y hasta los muchachos, con su manía rayada, y su pañuelo atado á la cabeza, ofrecían el mismo aspecto dramático de los hombres.

La primera plaza que llegué, estaba llena de gente de esta clase, dividida en grupos. Hallábanse unos sentados en los rodapiés de las puertas: apoyados otros en los ángulos de las casas: tocando alguno la guitarra, y otros cantando. Muchos pedían limosna, con las ropas destrozadas; pero siempre con la frente levantada y la mirada altiva. Parecían salidos de un baile, donde hubiesen representado reunidos una tribu salvaje de algún país desconocido.

Al poco rato, abriéronse las casas y las tiendas, y el pueblo zaragozano se diseminó por las calles. La gente de la ciudad viste como nosotros; pero su fisonomía ofrece algo de particular; une á la seriedad de los catalanes la animación de los hijos de Castilla, avivada por cierta expresión de grandeza propia de la sangre aragonesa.

*

El aspecto de Zaragoza es severo, casi triste, como imaginara ya antes de verla. Excepción hecha del «Coso», que es una ancha calle que atraviesa gran parte de la ciudad, describiendo una curva semicircular (el «Coso» famoso en la antigüedad por las corridas, las justas y los torneos que en él se celebraban durante las fiestas públicas), hecha excepción, repito, de esta hermosa y alegre calle, y de algunas otras últimamente reformadas, que parecen calles de una ciudad francesa, todas las demás son estrechas, tortuosas, con casas altas, sombrías, con escasas ventanas, parecidas á viejas fortalezas. Son calles que tienen una expresión, un carácter, ó como dicen, una fisonomía propia, que no se olvida jamás. Por años que uno viva, al oír el nombre de Zaragoza, se acordará de aquellas paredes, de aquellas puertas, de aquellas ventanas como si las tuviera delante. Yo veo en este punto la plaza de la Torre Nueva, y podría dibujarla casa por casa y dar á cada una su colorido propio. Se me figura que estoy respirando aquel aire, tan viva es la imagen que de todo ello conservo; y aun me parece que repito lo que dije entonces:

—Esta plaza es inmensa. ¿Por qué? No lo sé; será seguramente una ilusión mía, ó es que existen ciudades y fisonomías que la fantasía de cada uno las arregla y compone á su manera, y según su modo de sentir. Las calles y las plazas de Zaragoza me llamaron vivamente la atención, de tal modo, que me decía á cada paso:—Este sitio se ha hecho á propósito para luchar—y miraba á mi alrededor como si me faltase algo: una barricada, trincheras y cañones. Experimentaba de nuevo la profunda impresión que me produjo la historia del horrible sitio de la plaza; ante mis ojos se levantaba Zaragoza de 1809, y corría de calle en calle con febril curiosidad, como buscando las huellas de esta lucha de Titanes que aterró al

mundo. Por aquí, pensaba señalándome yo mismo el camino, pasó sin duda la división Musnier, y por aquel lado se lanzó al campo la brigada Morlot. Y llegué hasta la esquina: aquí dieron el asalto los cazadores del Vístula; seguí caminando: allí es, de fijo, donde se batieron como valientes los tiradores polacos: allá más lejos donde fueron despedazados trescientos españoles, y en aquel punto donde reventó la mina que hizo volar por los aires una compañía del regimiento de Valencia; en el ángulo de más allá murió el general Lacoste, herido de un balazo en la frente. Ved las famosas calles de Santa Engracia, de Santa Mónica, de San Agustín, por las cuales los franceses avanzaron hasta el «Coso», de casa en casa, á fuerza de minas y contraminas, entre destrozos de enormes muros y escombros humeantes, bajo una tempestad de balas, de metralla y de piedras; ved las encrucijadas, las plazuelas, los callejones oscuros que fueron teatro de heroicas luchas cuerpo á cuerpo, á bayonetazos, puñaladas y pedradas: las casas convertidas en fortalezas, y defendidas de habitación en habitación, en medio del incendio y la ruina; las estrechas escaleras chorreando sangre; los tristes patios atestados de cadáveres, repercutiendo los gritos de dolor y desesperación; y todos los horrores de la peste, del hambre y de la muerte.

*

De calle en calle, salí frente á la iglesia de «Nuestra Señora del Pilar», la célebre Virgen, á la cual iba á pedir protección y valor la escuálida muchedumbre de soldados, paisanos y mujeres, antes de ir á morir en las brechas.

El pueblo de Zaragoza ha conservado por su Virgen el antiguo fanatismo, y la venera con extraño sentimiento, mezcla de amor y miedo que se mantiene vivo aún en el corazón de aquellos á quienes no mueve ningún otro sentimiento religioso.

Procurad, al entrar en la plaza para contemplar la iglesia, que no note la gente un movimiento cualquiera que pudiera parecer irreverente, porque os seguirían con la vista, y mucho sería que no lo pasarais mal.

Y si la fe ha muerto en vosotros, preparaos antes de entrar en el templo, porque sentiréis despertarse en vuestra alma un recuerdo confuso de terrores infantiles, que pocas iglesias en el mundo tienen como aquella la virtud de hacer renacer en los corazones más helados y fuertes.

La primera piedra de Nuestra Señora del Pilar fue colocada en 1686, en el mismo lugar donde se levantaba una capilla edificada por San Jaime para colocar en ella la milagrosa imagen de la Virgen, donde se halla todavía. Es un inmenso edificio de base rectangular, con once cúpulas cubiertas de tejas de varios colores que le dan un gracioso aspecto árabe: las paredes sin adornos y de color pardo. El interior es una vasta iglesia oscura, descarnada, fría, dividida en tres naves rodeadas de modestas capillas. La mirada corre presurosa al santuario que se levanta en el centro: allí se encuentra la imagen de la Virgen. Es como un templo dentro de otro, que podría estar solo en mitad de la plaza si se derribara el edificio que lo circunda. Muchas columnas de mármol, dispuestas en elipse, sostienen una cúpula ricamente esculpida, abierta por la parte superior, y adornada alrededor de la abertura de figuras de ángeles y santos. En medio se halla el altar mayor; á la derecha la imagen de San Jaime; á la izquierda y en el fondo, bajo un pabellón de plata, que se destaca sobre ancha tapicería de terciopelo, recamado de estrellas, en medio de millares de exvotos, y á la luz de innumerables lámparas, la famosa estatua de la Virgen, colocada en aquel mismo sitio por San Jaime hace diecinueve siglos, estatua esculpida en madera, ennegrecida por el tiempo, cubierta toda menos su cabeza y la del niño, con una espléndida dalmática. Y en frente, entre las columnas alrededor del santuario, á lo

lejos en el fondo de las naves de la iglesia, en una palabra, por donde pueda verse la imagen veneranda, los fieles arrodillados, tocando casi con la cabeza al suelo y las manos juntas, mujeres del pueblo, obreros, señoras, soldados y niños. Y por las distintas puertas del templo, un no interrumpido entrar de gente que penetra en la casa del Señor, con paso mesurado, y grave aspecto. Nada interrumpe aquel silencio: ni un murmullo, ni un ruido, ni un suspiro. Parece estar en suspenso la vida de aquella muchedumbre, como si esperara una aparición divina, una voz misteriosa, una revelación sagrada de aquel misterioso santuario. Hasta el incrédulo que no reza, se ve obligado á fijar sus ojos en el punto á donde convergen todas las miradas, y separa el curso de sus pensamientos con una especie de expectación inquieta.

¡Si se oyera aquella voz!—pensaba yo.—¡Si apareciera la sagrada imagen! ¡Cómo me haría lanzar un grito nunca oído en la tierra, erizándoseme de espanto los cabellos, la sola aparición, una palabra sola de esa Virgen adorada! ¡Tal vez así me libraría para siempre de la terrible duda que me roe el corazón, amargando mi existencia!

Quise penetrar en el santuario; pero en vano; para lograrlo hubiera sido necesario pasar por encima de más de cien personas, alguna de las cuales me miraba ya con cierto recelo, porque me veía ir de un lado para otro con un álbum y un lápiz en la mano. Quise bajar á la cripta subterránea donde se hallan las tumbas de los arzobispos, y la urna que guarda el corazón del segundo D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV; no me fué permitido. Pedí que me enseñaran los vestidos, las joyas, las piedras preciosas que han ofrecido á la Virgen, los grandes, los príncipes, los monarcas de todas las edades y de todos los países; pero se me dijo que no era la hora oportuna, sin que fascinara al sacristán el brillo de una «peseta». Mas no se negó á darme alguna noticia sobre el culto de la Virgen, cuando

le dije para congraciarme con él, que era hijo de Roma, del Borgio-Pío, y que desde la galería de mi casa se veían las ventanas de las habitaciones del Papa.

«—Es casi un milagro—me dijo,—que no se creería, si no viniera atestiguado por la tradición, que de la época remotísima en que fué puesta sobre el pedestal la estatua de la Virgen, hasta nuestros días, el santuario no ha quedado vacío ni un momento, exceptuando la noche, durante la cual se cierra la iglesia. «Nuestra Señora del Pilar» no se ha visto abandonada ni un instante. En el pedestal de la estatua, á fuerza de besos, se ha formado un hueco en el que puedo meter la cabeza. Ni los mismos árabes tuvieron valor para prohibir el culto de «Nuestra Señora»; la capilla de San Jaime fué siempre respetada. Han caído muchos en la iglesia, junto al santuario, y aun dentro de éste, en medio de la gente consternada; pues bien (y que nieguen después la protección de la Virgen los incrédulos) ¡nunca ha sido herido nadie! ¿Y las bombas de los franceses? ¿No destrozaron y arruinaron innumerables edificios? Pues al caer sobre la iglesia de «Nuestra Señora», era como si cayeran sobre las rocas de Sierra Morena. Y los franceses, que lo saquearon y robaron todo, ¿se atrevieron acaso á tocar los tesoros de «Nuestra Señora»? Sólo un general se atrevió á tomar una alhaja para regalarla á su mujer, ofreciendo en cambio á la Virgen un rico donativo. Pero, ¿qué le sucedió? Que á la primera batalla una bala de cañón se le llevó una pierna. Ni ha habido bigotes de general ni de rey que hayan intimidado á «Nuestra Señora». Y escrito se está allá arriba que esta iglesia durará hasta la consumación de los siglos».

Y así siguió su discurso, hasta que un cura, desde un ángulo obscuro de la sacristía, le hizo una señal misteriosa. Saludóme entonces y desapareció.

Al salir de la iglesia, fija en mí mente la imagen del solemne santuario, encontré una larga fila

CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

de carros de carnaval, precedidos de una música, acompañados de la muchedumbre y seguidos de varios coches, que se dirigían al «Coso». No recuerdo haber visto en los días de mi vida caras de cartón más grotescas, más extrañas, ni más inverosímiles que aquellas. Tal es así, á pésar de hallarme solo, y ser, como soy, poco propenso á la alegría, reíme sin querer, como al terminar la lectura de un soneto de Tucini. El pueblo, no obstante, mostrábase serio y silencioso, y las máscaras llenas de gravedad. Hubiérase dicho que en unos y otros, el melancólico presentimiento de la cuaresma podía más que el júbilo pasajero del Carnaval.

Vi en las ventanas algún semblante bonito; pero ningún tipo de la belleza propiamente dicha española, de «tez obscurecida» y de «los negros ojos de fuego», que Martínez de la Rosa, desterrado en Londres, entre las «bellezas del Norte», recordaba con ardientes suspiros.

Pasé por entre dos coches, y á través de los grupos, arrancando algunos juramentos que apunté en seguida en mi cuaderno; y siguiendo precipitadamente dos ó tres calles, llegué á la plaza de San Salvador, ante la catedral que le da nombre (llamada aún la «Seo»), más rica y más espléndida que «Nuestra Señora del Pilar».

La fachada greco-romana, si bien de proporciones majestuosas, y sus torres altas y ligeras, no anuncian por cierto, el grandioso espectáculo del interior. Entré, y me hallé sumergido en las tinieblas, de tal modo, que los límites de la iglesia se perdían en la obscuridad. Sólo vi la pálida luz de alguna lámpara, quebrándose aquí y allá en las columnas y arcadas. Pero luego, y poco á poco, dividí cinco naves, divididas por cuatro órdenes de pilastras góticas; muros lejanos, larga serie de capillas laterales; y quedéme atónito.

Era la primera catedral que respondía á la idea que había formado de las catedrales españolas; llenas de pompa, suntuosas y riquísimas. La capilla mayor, con su hermosa cúpula en forma de

tiara, ostenta por sí sola más riqueza que la iglesia más grandiosa. El altar mayor es de alabastro, cubierto de rosetones y arabescos, y adornada la bóveda con estatuas. A izquierda y derecha, hállanse las tumbas y las urnas de los príncipes, y en un ángulo, la silla de tijera en la cual se sentaban los reyes de Aragón al ser consagrados.

El coro, que se levanta en el centro de la nave principal, es un monte de tesoros. El cerco ó muralla exterior, donde se ha abierto algunas capillas, ofrece una increíble variedad de estatuas, de columnas, de bajo relieves y de frisos. Sería necesario permanecer allí todo el día, para poder decir que se ha visto algo.

Las pilastras de las dos últimas naves y los arcos de las capillas, se hallan sobrecargados, desde la base hasta la bóveda, de estatuas (algunas enormes, como si con las espaldas sostuvieran el peso del edificio), emblemas, esculturas y adornos de todas formas y de todos tamaños. En las mismas capillas, una profusión inmensa de estatuas, de ricos altares, de tumbas reales, de bustos y de cuadros, que, velados por una semiobscuridad, sólo ofrecen á la vista una confusión de colores, de formas vagas y de reflejos, entre las cuales se pierda la mirada y la imaginación de fatiga.

Después de andar un buen rato de un punto á otro con el álbum y el lápiz, y cuando había tomado algunos apuntes, confundióseme la cabeza, rasgué las manchadas hojas, y juré no escribir ni una palabra que me recordara cuanto acababa de ver. Salí de la iglesia, caminando á la ventura; pero por espacio de más de media hora, no se apartaron de mi mente las vastas naves oscuras y aquellas estatuas blanquecinas allá en el fondo de las misteriosas capillas.

Hay momentos en los cuales el viajero más alegre y apasionado, vagando por las calles de una ciudad desconocida, se siente dominado de improviso de un profundo fastidio, que si pudiera por la sola virtud de una palabra volar con la rapidez de un genio de «Las mil y una noches» á

CAPILLA ALFONSO X

su propio hogar y hallarse entre los suyos, pronunciaría esta palabra mágica con verdadera fruición. Fui presa de un sentimiento igual, que me causó miedo en el momento en que llegaba á una callejuela lejana del centro de la ciudad. Busqué afanoso en la mente, para despertar el deseo y la dormida curiosidad, las imágenes fingidas de Madrid, de Granada y de Sevilla; pero aquellas imágenes acudieron pálidas y sin vida. Transportéme con el pensamiento á mi hogar; en los primeros días de mi marcha, cuando sentía arder la fiebre del deseo y no veía el momento de remontar el vuelo; pero sólo alcancé dar pábulo á mi tristeza. La idea de que aun me faltaban por ver muchas ciudades y muchas noches que pasar en hoteles, perdido entre gente extraña, me acobardó. Preguntéme entonces cómo había tenido valor para emprender el viaje, pues no me parecía sino que me hallaba á inmensa distancia de mi patria y como solo y abandonado de todos en el centro de un desierto. Miré á mi alrededor; la calle estaba desierta; sentí frío en el corazón, y las lágrimas acudieron casi á mis ojos.—¡No puedo estar aquí!—exclamé.—¡Me muero de melancolía! ¡Quiero volverme á Italia!—Decir tales palabras, y sentir en mis labios retozar la risa, fué obra de un momento. Todo se vistió de luz á mis miradas; pensé en Castilla y en Andalucía con una alegría frenética, y moviendo con lástima la cabeza para reprenderme aquella momentánea cobardía, encendí un cigarro, y seguí adelante más alegre que nunca.

Era el penúltimo día de Carnaval; por las calles principales, ya de noche, discurrían alegres y felices máscaras, grupos de jóvenes, familias con los chiquillos y niñas casaderas, de dos en dos; pero todo sin estrépito, sin lúbricas canciones de borrachos, sin estúpidos atropellos. De vez en cuando, se sentía algún leve codazo; pero tan ligero, que más parecía aviso de algún amigo que quisiera dar fe de su existencia, que el golpe de un distraído; y con el codazo, alguna voz algo más

suave que los gritos que proferían las antiguas zaragozanas desde las ventanas de sus casas ruinosas, y algo más ardiente que el aceite que echaban sobre los invasores. ¡Oh! ¡no eran éstos aquellos tiempos de que me hablaba hace pocos días, en Turín, un viejo cura zaragozano, asegurándome que en siete años no había recibido la confesión de un pecado mortal!

Aquella noche, en la fonda, encontré un tipo francés, tan original como no exista otro bajo la capa del cielo. Era un hombre de unos cuarenta años, con una de aquellas caras de bobo, que dicen:

—Aquí estoy; puedes mantenerme, si te da la gana.

Era negociante, según me parece, y muy amigo de sus propias conveniencias. Hacía poco rato que había llegado de Barcelona, debiendo partir al siguiente día para San Sebastián.

Estaba en el comedor refiriendo los hechos y milagros de su vida á varios viajeros que se reían á carcajadas. Aproximéme al círculo, y pude oír aquella historia.

Era natural de Burdeos, y hacía cuatro años que vivía en Barcelona. Había salido de Francia porque se le había escapado su mujer sin decir ¡vuelvo! *avec la plus vilain homme de la ville*, dejándole cuatro niños en los brazos. No había tenido noticias de la infiel desde el día de la escapatoria; quién le había dicho que se hallaba en América, quién en Asia, quién en Africa; pero eran conjeturas sin fundamento, y después de cuatro años la consideraba ya como muerta. Un día, en Barcelona, hallándose comiendo con un amigo marsellés, díjole éste: (Sería preciso ver la cómica dignidad con que explicaba la cosa).

—Amigo mío; uno de estos días me marchó á San Sebastián.

—¿Y qué haréis en aquella ciudad?

—Correrla, amigo, correrla.

—Amoríos, ¿eh?

—¡Pse!... me explicaré. No es un amor precisamente, porque en materia de amores no me gusta formar cola: sólo se trata de un capricho. ¡Hermosa mujer, no obstante! Anteayer sin ir más lejos, recibí una carta suya. No tenía ganas de ir; pero con tanto: «ven, te espero, amigo mío, amigo del alma», me he dejado engañar, y voy á verla.

Y diciendo esto, el marsellés le entregó una carta con aire de Tenorio satisfecho. La coge el negociante, la abre, la lee:—«¡Santo Dios! ¡Mi mujer!»—exclamó. Y sin decir más deja al amigo, corre á su casa en busca del equipaje, y se planta en la estación.

Cuando entré en la sala, había ya enseñado la carta á todo el mundo, dejándola sobre la mesa para que nadie dudara de su palabra, su fe de bautismo, el contrato matrimonial y otras cartas que llevaba consigo por si llegaba el caso de que su mujer no quisiera reconocerle.

—¿Y qué le haréis?—le preguntaron todos á la vez.

—No le haré daño alguno; he tomado ya mi partido. No habrá sangre; pero el castigo será más terrible que si la hubiera.

—¿De qué se trata, pues?

—Nada, nada; he tomado ya mi partido—dijo el francés con la mayor seriedad, y sacando del bolsillo un par de enormes tijeras, añadió después solemnemente:

—Le cortaré los cabellos y las cejas.

Al oír esto los viajeros, prorrumpieron en aplausos, gritos y carcajadas, sin que por ello el francés dejara de fruncir trágicamente el entrecejo.

—¿Y si encontráis un español en su casa?—le preguntó uno.

—Le arrojaré por la ventana—contestó.

—¿Y si fueran muchos?

—Por la ventana todo el mundo.

—Pero daréis un escándalo terrible y acudirán los vecinos, los guardias, el pueblo.

—Y yo—dijo gritando aquel hombre terrible, golpeándose el pecho,—haré salir por la ventana á vecinos, guardias y pueblo, ¡y á la ciudad entera si es necesario!

Y siguió diciendo fanfarronadas por el mismo estilo, gesticulando con la carta en una mano y las tijeras en la otra, siendo el hazmereir de los viajeros. «Vivir para ver», dice el proverbio español; pero estaría mejor si dijera «viajar para ver», pues corren por esos mundos de Dios tipos tan originales que sólo se les encuentran en fondas y ferrocarriles. ¡Quién sabe cómo habrá terminado la aventura del francés!

Al entrar en mi cuarto pregunté al criado qué eran dos cosas que había visto la víspera, colgando de la pared y que parecían tener pretensiones de pasar por retratos.

—¡Caramba!—me dijo.—Nada menos que los hermanos Argensola (aragoneses, oriundos de Barbastro), dos de los más afamados poetas de España.

Famosos fueron, en efecto, los Argensola, dos verdaderos hermanos mellizos literarios, que tuvieron el mismo género de inspiración, que estudiaron las mismas ciencias, en cuyas obras resplandece el mismo estilo: puro, sobrio, pulido, oponiéndose con todas sus fuerzas al mal gusto literario que ya entonces empezaba á reflejarse en la literatura española, dominándola después por completo hasta fines del siglo décimosexto. Murió uno en Nápoles, siendo secretario particular del virrey, y el otro, que era presbítero, en Tarragona. Ambos dejaron honrosa y envidiable fama, á la cual pusieron el sello los elogios de Cervantes y Lope de Vega.

Los sonetos de los hermanos Argensola, se cuentan entre los más bellos de la literatura española, por la delicadeza de los pensamientos y la gallardía de la forma. Lupercio Leonardo Argensola escribió uno que todo el mundo sabe de memoria, cuyos versos finales citan los ministros con frecuencia al responder á las filípicas elocuentes de los oradores de la izquierda. Lo copio á continua-

10200000657

ción en la esperanza de que podrá servir á alguno de mis lectores para hacer callar á los amigos que le hagan burla, caso de estar enamorado de una mujer dada á pomadas y afeites.

Yo os quiero confesar, Don Juan, primero
Que aquel blanco carmín de doña Elvira
No tiene de ella más, si bien se mira
Que el haberla costado su dinero.

Pero también que me confieses quiero
Que es tanta la beldad de su mentira
Que en vano á mentir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.

¿Mas qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos
No es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

*

A la mañana siguiente me quise procurar un placer semejante al que experimentaba Rousseau siguiendo el vuelo de las moscas: el placer de andar por la ciudad á la ventura, parándome á mirar las cosas más insignificantes, como hacemos por la calle de nuestra casa cuando esperamos un amigo. Después de visitar algunos edificios públicos, como el palacio de la Bolsa (que es una sala magnífica con veinticuatro columnas, adornada cada una de ellas con cuatro escudos de Zaragoza, sobrepuestos en las cuatro caras del capitel), la antigua iglesia de Santiago y el hermoso Palacio arzobispal, llegué hasta el centro de la ancha y alegre plaza de la «Constitución», que divide el «Coso», y recibe otras dos calles de las más importantes de la ciudad, y aquel fué mi punto de partida, para andar vagabundo hasta el mediodía con un gusto infinito.

Ya me paraba á contemplar un muchacho que jugaba con nueces; ya daba una curiosa mirada

á un cafetín de estudiantes; ya apretaba el paso para oír desde una esquina la charla de dos criadas; ya daba de narices contra los cristales de una librería, cuando no hacía rabiarse á una estanquera pidiéndole cigarros en alemán; ora entablaba conversación con un vendedor de fósforos; aquí compraba un diario; allá pedía fuego á un soldado, y después le preguntaba por una calle cualquiera á una muchacha. Interin iba recitando versos de Argensóla, empezaba sonetos jocosos, tarareaba el himno de Riego, me acordaba de Florencia, del vino de Málaga, de los consejos de mi madre, del rey Amadeo, de mi bolsillo, de mil cosas á la vez y de ninguna. Pero no hubiera cambiado mi suerte por la de un grande de España.

*

A la tarde fuí á ver la Torre Nueva que es de los monumentos más curiosos de España. Tiene ochenta y cuatro metros de altura, cuatro más que la Torre del Goto, y con una inclinación de cerca dos metros y medio como la Torre de Pisa. Fué levantada en 1304. Hay quien dice que se le dió esta inclinación, y quien cree que se inclinó después, sin que se sepa nada sobre este punto de una manera cierta y segura. Es de forma octagonal y toda de piedra; pero presenta una admirable variedad de dibujos y adornos, con diverso aspecto en cada piso, y una graciosa mezcla de gótico y morisco.

Para visitarla necesitáis el permiso de no sé cuál de los empleados del Municipio, que vive muy cerca. El buen señor, después de haber mirado atentamente la punta de mis botas y mi peinado, dió la llave al guardián, diciéndome:

—Puede usted ir.

Era el tal guardián un viejo lleno de vigor, que subió la interminable escalera con más presteza que yo.

—Verá usted—me decía,—verá usted qué magnífico golpe de vista.

Díjeme yo que también los italianos teníamos una torre inclinada como aquella; pero al oírlo se volvíó á mirarme, diciéndome secamente:

—Esta es única en el mundo.

—¡Alto ahí! Os digo y repito que nosotros también tenemos en Pisa una torre como esta, y si lo dudáis, leed lo que aquí dice la «Guía».

—Puede ser—me contestó.

¡Viejo testarudo! Le hubiera tirado el libro á la cabeza.

Por último, llegamos á la cúspide. El espectáculo es magnífico.

De una mirada se abarca toda Zaragoza: la ancha calle del «Coso», el paseo de Santa Engracia, los arrabales. Abajo, que parece se ha de tocar con la mano, la cúpula de colores de «Nuestra Señora del Pilar»; un poco más lejos el Ebro famoso, que corre alrededor de la ciudad formando una curva majestuosa, y los extensos valles, enamorados, como dice Cervantes, de la claridad de sus aguas, y de la gravedad de su curso; la Huerta, los puentes y las colinas, que recuerdan tantos combates sangrientos y tantos asaltos desesperados.

El guardián me leyó en la cara los pensamientos que cruzaban por mi mente, y como insinuando un discurso empezado por mí, se apresuró á señalarme el sitio por donde entraron los franceses, y por donde los zaragozanos habían opuesto más tenaz resistencia.

—No nos rindieron las bombas de los franceses —me dijo;—nosotros mismos quemábamos las casas y las hacíamos volar por medio de minas; fué la epidemia. En los últimos días, más de quince mil hombres de los cuarenta mil que defendían la plaza se hallaban en los hospitales. Nos faltaba tiempo para socorrer á los heridos y enterrar á los muertos. Las ruinas de las casas se hallaban cubiertas de cadáveres putrefactos que infestaban el aire. Más de la tercera parte de los edificios de la ciudad estaban destruidos. Y con todo, nadie hablaba de rendirse, pues hubiera recibido

muerte afrentosa en el patíbulo que se levantaba en el centro de la plaza, quien de ello hubiese hablado. Queríamos morir en las barricadas, en el fuego, entre las piedras de nuestras murallas, antes que doblar la cerviz. Pero cuando Palafox llegó á las puertas de la muerte, cuando se supo que los franceses habían vencido por todo, y que no quedaba ya ninguna esperanza, entonces fué necesario rendir las armas. Pero los defensores de Zaragoza se rindieron con todos los honores de la guerra; y cuando aquella muchedumbre de soldados, de paisanos, de frailes y de niños, descarnados todos, hambrientos y llenos de heridas sangrientas, desfilaron ante el ejército francés, los vencedores temblaron de respeto, y no hubo corazón que se alegrara de la victoria. El último de nuestros paisanos, podía llevar la frente más alta que el primero de sus mariscales: «¡Zaragoza (y al decir estas palabras estaba sublime), ha escupido en la cara á Napoleón!»

Yo pensé en aquellos momentos en la historia de Thiers, y el recuerdo de la reseña que hace de la toma de Zaragoza me indignó. ¡No le arranca una palabra generosa la sublime hecatombe de aquel pobre pueblo! Para él, aquel valor no es más que fanatismo feroz ó loca manía guerrera de campesinos cansados de la apacible vida del campo, ó de frailes enojados de la soledad de las celdas; la heroica obstinación es terquedad, y el amor á la patria, torpe orgullo. ¡Los zaragozanos no morían *pour cet idéal de grandeur* que ardía en el pecho de los soldados imperiales! ¡Como si la libertad, la justicia, el honor de un pueblo, no fueran de mucha más valía y algo más grandes que la ambición de un Emperador, que lo ataca á traición y lo quiere gobernar por la violencia!

Iba el sol á su ocaso; las torres y los campanarios de Zaragoza recibían los últimos rayos del astro del día; el cielo estaba sereno. Dirigí la última mirada á mi alrededor para grabar en mi memoria el aspecto de la ciudad y del campo, y antes de disponerme á bajar, díjeme al guardián,